

ABRIÓ LOS OJOS
AURELIO GONZÁLEZ

PRIMERA PARTE

El Luna Llena

CAPÍTULO 1

Lunes, 1 de julio.

Una hoja del calendario que estaba colgado en la pared cayó al suelo de la habitación, la del mes de junio de 1998. Era su decimosexto cumpleaños. Se revolvió incómoda en la cama y miró a la ventana con el ceño fruncido. Las hojas estaban abiertas y el sol se colaba a placer por una rendija de la persiana ese 1 de julio, un punto cegador en medio de la penumbra que, de pronto, atrapaba todos sus pensamientos, todos sus anhelos.

Tenía una sensación extraña. Su dormitorio era el de siempre, pero tenía la impresión de estar en otro lugar. Hacía mucho calor. Bajó los pies de la cama como empujada por una mano invisible, se acercó a la ventana y subió la persiana. Al otro lado de la calle, en la acera de enfrente, un desconocido la observaba como si estuviese contemplando una escultura clásica, un cuadro moderno pintado al óleo con sinuosas curvas, una obra de arte de la que no podía apartar la vista. La observaba como si hubiese estado largo rato esperándola.

El viento que entraba tímido por la ventana le golpeó de pronto en la cara. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Entonces tuvo un presentimiento. Se miró de arriba abajo y cayó en la cuenta de que estaba desnuda. En un principio, se había sentido halagada por el interés con que aquel tipo la contemplaba, pero la vergüenza no tardó en hacer acto de presencia. Se apartó de la ventana, se cubrió el cuerpo con las manos y tomó asiento sobre la cama, sonrojada.

Una nueva ráfaga de aire hizo volar la hoja del calendario por todo el cuarto, la posó como una pluma sobre la sábana. Ella la miró detenidamente, sin parpadear, hasta que alguien gritó su nombre...

Abrió los ojos y sus pupilas se contrajeron con rapidez. Veía todo borroso a causa de la claridad que se colaba por una rendija de la persiana y que le apuntaba directamente a la cara. Estaba sudando; de nuevo aquella pesadilla que tuvo la noche de su decimosexto cumpleaños. Ahora, a los treinta y uno, había vuelto a soñar lo mismo, aunque con un significado muy distinto.

Miró pensativa el calendario colgado con una chincheta en la pared. Se levantó de la cama, dio varios pasos y arrancó la hoja del mes de junio; la arrugó y la arrojó a la papelera. Era 1 de julio. Se giró para observar su reflejo en el espejo de cuerpo entero que tenía frente a ella; se miró de pies a cabeza, luego a los ojos, y una sonrisa iluminó su cara. Se sentía radiante.

Se dio una ducha. Después abrió el armario, echó un vistazo rápido y eligió unos vaqueros y una camiseta; había quedado en quince minutos con Sandra para desayunar. Se puso unas zapatillas deportivas, agarró el bolso y cerró de un portazo.

Al dejar atrás el ascensor, oyó como se cerraban las puertas mecánicas tras de sí en el angosto pasillo del viejo bloque de viviendas donde se encontraba su casa, un pequeño apartamento en el centro de Madrid.

El sol brillaba intenso aquel día de verano. Giró en la esquina y caminó por la acera de Gran Vía disfrutando del frescor que aún ofrecían las tempranas horas.

El ruido del tráfico era un rumor inagotable; gente atareada por todas partes caminaba a toda prisa acera arriba acera abajo o esperaba impaciente el cambio de color en un semáforo; cascadas humanas entraban y salían de las bocas del metro al ritmo que marcan los trenes. Imaginó entonces cómo sería la ciudad en silencio, sin coches, sin humos, sin prisas por llegar a todas partes o a ningún sitio, sin el estrés y la ansiedad tan interiorizados por todos y que ya formaban parte de ellos... sería maravillosa. Perdida en sus pensamientos, le vino a la mente la conversación del día anterior con Sandra, su propuesta de trabajo. ¿Aceptaría? La idea no acababa de convencerla, o, más bien, no sabía si se atrevería, si sería capaz de circular en contra de la dirección por la que siempre había discurrido su rutinaria existencia. Sin embargo, recordar su antiguo empleo, un mundo al que ya no quería volver, removía todo su ser, lo sacudía con la rabia del rechazo sobrevenido; empezaba a tomar conciencia de que odiaba su trabajo de administrativa en el BKS Bank más de lo que nunca hubiera pensado.

Echando la vista atrás, se daba cuenta de que había entregado los mejores años de su vida a un sistema que le había arrebatado parte de ella; un sistema que, de algún modo, había intentado escribir su destino sin pedirle permiso.

Al doblar la última esquina se topó de frente con El Despacho, el bar donde solía quedar con Sandra. A lo lejos pudo ver a su mejor amiga desde el instituto sentada en una de las mesas de la terraza hojeando la carta.

—¡Felicidades, Lucía! —Sandra se levantó de la silla y le dio dos besos.

—Gracias. Ya soy un año menos joven, aunque, a decir verdad, no me preocupa. —Lucía dejó escapar una carcajada desganada.

—Al menos se te ve un poco más positiva que ayer, parecías muy agobiada.

—No he tenido un buen fin de semana. Ya sabes, que te echen a la calle de un día para otro sin más excusa que la “reducción de personal a la que obligan estos tiempos de crisis” no es precisamente motivo de alborozo; *reestructuración* lo llaman. Capullos —rumió.

—Capullos —dijo Sandra riendo.

—¿Sabes? Es curioso. Anoche tuve de nuevo aquella pesadilla de la que te hablé hace años. ¿La recuerdas?

—¿Esa en la que te mueres de vergüenza porque un tipo te ve desnuda a través de la ventana?

—La misma.

—Y hoy también es tu cumpleaños, como en el sueño. —Sandra la miró por encima de sus gafas de sol—. ¿Casualidad?

El camarero se acercó a su mesa armado con libreta y bolígrafo.

—¿Qué van a tomar, señoritas?

—Yo quiero un cortado y una tostada con tomate.

—Yo tomaré un café con leche y también una tostada, gracias —añadió Sandra.

El camarero apuntó los desayunos en la libreta y desapareció en la oscuridad del bar.

—Bueno, vayamos al grano. ¿Has pensado en la oferta de trabajo?

—Sí. No. Bueno, no lo sé. Ayer estaba convencida de rechazarlo, pero hoy...

—Pero hoy ya no estás tan segura... —Sandra arqueó las cejas bajo las gafas de sol—. Creo que últimamente andas algo desorientada, y creo también que ese sueño ha hecho que te pique el gusanillo.

Lucía respiró profundamente y elevó los hombros con cierta resignación.

—Supongo que ahora veo las cosas desde otra perspectiva. Y sé que necesito dar un giro a mi vida y que si hay un momento oportuno para ello, es este. De todos modos...

—Ya sabes que no tienes que contestar inmediatamente. —Sandra apoyó los brazos en la fría mesa de metal y se acercó a ella levantándose las gafas de sol. En ese momento, el camarero interrumpió la conversación para servir la comanda y volvió a desaparecer en el interior del bar—. ¿Por qué no pasas esta noche por el club? —continuó Sandra—. Ven a tomar una copa y te enseño el local, quizá te ayude a decidirte. El dueño está deseando conocerte.

—¿Le has hablado de mí?

—Claro. —Sandra sonrió con malicia—. El club es un auténtico éxito y está necesitado de chicas como tú.

—¿Como yo?

Sandra bajó la voz.

—Chicas con clase, guapas y ávidas de pasta, ya me entiendes. Anímate, te aseguro que te sorprenderás de la variedad de hombres que pululan por allí.

La curiosidad comenzó a hacer verdadera mella en Lucía.

—Está bien. Creo que iré a verlo —contestó tomando un sorbo de café.

—No te arrepentirás. El ambiente es muy respetuoso y el trabajo es... diferente.

—Desde luego que lo es, pero no sé si sería capaz de hacerlo.

—Claro que sí. Todo es cuestión de cambiar la mentalidad, de liberarse. —Sandra se mordió el labio inferior, ácida, intrigante—. Vas a sentirte objeto de deseo y, créeme, eso te gustará; termina siendo adictivo. Y, en cualquier caso, siempre puedes decir que no y empezar a buscar trabajo.

—Vale, vale, ya me tienes convencida. Esta noche comprobaré las sensaciones que me transmite. De todos modos, siempre puedo decir que no y empezar a buscar trabajo, ¿cierto? —Sonrió tímidamente.

Vas a sentirte objeto de deseo... Ese comentario de Sandra se repetía una y otra vez en la cabeza de Lucía, no dejaba de darle vueltas. ¿Sentirse deseada? Siempre había sabido que su físico llamaba la atención a la mayoría de los hombres, incluso a ciertas mujeres, pero ¿ganarse la vida con ello?

Entró en su habitación y dejó las bolsas que llevaba en la mano. Todo estaba revuelto. Había pasado el día de compras y ahora, al llegar a casa, caía en la cuenta de que no había regresado desde que salió apresuradamente por la mañana. Miró la papelera de la esquina; la hoja del mes de junio continuaba arrugada encima del resto de desechos que la colmaban. Agarró la bola de papel y la estiró. Números y letras aparecían resquebrajados, llenos de arrugas. Pensó de nuevo en la oferta de Sandra y cerró el puño alrededor de la hoja; la devolvió al mismo lugar como si ese simple gesto fuese un paso más, un avance hacia no sabía dónde.

Mientras sacaba la ropa que había comprado volvió a mirar hacia el rincón, a la hoja arrugada que coronaba la papelera. «Ha llegado la hora de cambiar, de romper con todo», se dijo. El sueño de la noche anterior quizá había sido una premonición o, quizá, un puntapié para seguir adelante.

Una década y media antes, Lucía era una adolescente que empezaba a descubrir el mundo adulto como las demás chicas de su edad. Las recién germinadas hormonas femeninas empezaban a

dispararse, a multiplicarse como enloquecidas, y su cuerpo estaba sumido en profundos cambios físicos y químicos. Aún recordaba intensamente su primera experiencia sexual. Fue en aquella primavera de 1998, con su primer novio en el parque del Retiro, unos días antes de cumplir los dieciséis. «Un nuevo comienzo pasa por delante de mí», murmuró.

Volvió a la realidad y miró el reloj de su mesilla de noche: 20:35. Había quedado a las nueve y media en el club con Sandra. Se desnudó y se metió de nuevo en la ducha para quitarse de encima la pegajosidad que la ajetreada tarde estival había dejado en su piel.

En el dormitorio se observó de nuevo en el espejo de cuerpo entero. «¿Podré hacerlo?», se preguntó. Deshizo el nudo de la toalla y la dejó caer al suelo. «Podré hacerlo».

Sobre la cama había tendido un vestido rojo, objeto principal del afán consumista de la tarde, y unas braguitas de encaje a juego, ajustadas, escasas de tela y sugerentes, muy sugerentes, que había tardado más de media hora en elegir. «Como si alguien fuera a verlas».

Sin darse tiempo para pensar más en ello, se vistió cuidando cada detalle. Cuando terminó de ponerse a punto, echó un último vistazo a su reflejo antes de salir de casa: vestido corto por encima de las rodillas, atrevido escote y finos tacones. Por fin se sentía preparada para conocer aquel misterioso club llamado Luna Llena.

El aparcamiento subterráneo estaba casi vacío; a esas horas solamente habían llegado los empleados del club. Apagó el motor de su Seat Ibiza amarillo del 2001, cogió el bolso del asiento y bajó la ventanilla para abrir la puerta con el tirador exterior; hacía meses que se le había roto el mecanismo de apertura interior, pero el lamentable estado general del vehículo no merecía tal inversión.

Había quedado con Sandra en la puerta principal del local; cuando llegase le haría una llamada perdida al móvil y ella saldría para abrirle. Cruzó el *parking* hasta las escaleras que daban acceso

a la calle Serrano, las subió trémula y salió al exterior. Miró a ambos lados, la calle apareció ante sus ojos muy transitada ese lunes de julio. Caminó unos metros y se detuvo frente a la puerta principal, sacó el móvil del bolso e hizo la llamada.

Mientras esperaba, observó la fachada del local, un bajo muy discreto que desde fuera no daba la impresión de ser lo que realmente era. Una puerta metálica ciega, retranqueada en un minúsculo portal, y un único botón en el portero automático sobre el que había una pequeña placa plateada en la que podía leerse el nombre del club en letras mayúsculas, constituían cuanto necesitaban saber quienes frecuentaban el lugar. Un poco más arriba, sobre el dintel de la puerta, se veía el número 64.

Sandra apareció en ese momento luciendo una amplia sonrisa.

—¡Ya estás aquí!

—Aquí me tienes, con la mente abierta para conocer cosas nuevas... creo.

—¡Qué guapa te has puesto, me encanta el vestido! —Sandra la observó de arriba abajo.

—Me lo he comprado hoy; he pasado la tarde gastando parte del finiquito. —Sonrió guiñándole un ojo.

Sandra la invitó a pasar, cerró la puerta detrás de ella.

El recibidor le pareció más angosto de lo que realmente era; las baldosas negras del suelo y las paredes pintadas en colores oscuros lo empequeñecían. En la que tenía enfrente había colgadas dos lámparas minimalistas de acero inoxidable con forma cilíndrica que propiciaban con su tenue luz un ambiente íntimo. Bajo ellas, una cortina tapaba parte de la pared; Lucía supuso que se trataría del acceso a algún lugar privado del club. A su derecha había un guardarropa lleno de perchas colgadas en barras metálicas y separado del recibidor por un mostrador de madera noble. Caminaron a través del recibidor y se internaron por un pasillo situado al fondo; al igual que en la estancia anterior, paredes y techo estaban

pintados en tonos negros y de nuevo las lámparas de acero inoxidable distribuidas por las paredes contribuían a crear aquel ambiente de intimidad.

Al atravesar el pasillo, Lucía se dio cuenta de que la decoración del club era muy distinta a la que había podido ver hasta el momento. El suelo seguía siendo de las mismas baldosas negras, sin embargo, las paredes aparecían pintadas en un tono pastel claro y revestidas de listones de madera de teca, colocados en vertical y separados entre sí unos centímetros, que creaban un ambiente muy agradable. Los techos eran altos, pintados de un tono rojo claro y de ellos colgaban lámparas de araña cuajadas de pequeñas bombillas cuya luz se asemejaba más a la que proporcionan las velas. Estaban en el bar.

La barra, situada a la derecha, lucía la cobertura de piel oscura propia de los mejores locales de copas de la ciudad. Una docena de elegantes taburetes giratorios estaban dispuestos a lo largo de ella en perfecta línea recta. A la izquierda, frente a la barra, había distribuidas de forma ordenada algunas mesas circulares de madera y cristal, a juego todas ellas con la decoración de las paredes, y a cuyo alrededor se repartían glamurosos sillones de cuero de color *beige* que invitaban a tomar asiento y charlar con una copa en la mano. Al fondo, en el lado opuesto al pasillo por el que habían accedido al bar, aparecía una gran abertura desprovista de puertas o cortinas que daba acceso al resto de las instalaciones bajando varios escalones; a través de ella se atisbaba, en la distancia, un escenario en el que dos barras metálicas verticales ancladas al suelo y al techo se erigían como protagonistas absolutas de cuanto allí hubiera de suceder.

Lucía y Sandra se sentaron en dos de los taburetes giratorios. La pared situada detrás de la barra estaba cubierta en su totalidad por un espejo de una sola pieza del que sobresalían anaqueles metálicos repletos de botellas de los más selectos licores, nacionales y de importación, todas ellas colocadas a la misma distancia unas de otras. Anclado a la imponente barra, había un majestuoso grifo de

cerveza que parecía diseñado a capricho para el lugar, y pequeños cuencos de cristal repletos de aperitivos se distribuían a lo largo de toda ella separados entre sí tan milimétricamente como las botellas de los anaqueles. De fondo se escuchaba ligeramente el hilo musical; el volumen estaba bajo, pero el sonido de los *riffs* de la guitarra de Angus Young arrancando *Hells Bells* les llegaba claro y nítido gracias a la acústica que proporcionaban los listones de las paredes.

El camarero que tan meticulosamente cuidaba de aquel espacio se acercó a ellas desde el otro lado de la barra. Las saludó amablemente.

—Buenas noches, chicas, ¿os apetece tomar algo?

—Hola, Martín —saludó Sandra, risueña—, sírvenos un par de margaritas, por favor.

—¡Marchando!

Lucía no podía apartar la vista de cuanto la rodeaba, del suelo que pisaba, de la barra en la que se apoyaba, de las paredes que parecían mirarla. Pero, sobre todo, su atención se concentraba por momentos, con miradas fugaces, en el escenario al otro lado de los escalones.

—¡Guau! Este sitio es muy lujoso.

—Como te habrás dado cuenta, el Luna Llena no es un club solo para gente de pasta, sino para personas con poder, ya me entiendes. —Sandra observaba complacida la expresión de asombro de su amiga.

—Nunca me habías contado detalles de este sitio. Sinceramente, no me lo imaginaba así.

El camarero les dejó las copas sobre unos posavasos de cerámica con el emblema del club: una luna llena completamente blanca delimitada por un círculo negro.

—Siempre he sido muy discreta, incluso contigo, porque todo lo que aquí ocurre es confidencial.

—¿Confidencial? —preguntó Lucía intrigada.

—El Luna Llena es un lugar solo para miembros; y no es fácil conseguir serlo.

—Ya entiendo...

Aquel local no era ni remotamente lo que Lucía esperaba encontrar; la decoración, el ambiente, la clientela de la que Sandra hablaba...; nada de eso había pasado remotamente por su imaginario.

Probó la copa y las mejillas le enrojicieron al instante por la falta de costumbre; el cóctel estaba preparado con la combinación perfecta de tequila, jugo de limón y triple seco, sin olvidar un toque de sal en el borde de la copa. Miró de nuevo hacia las escaleras que descendían hacia el escenario de las barras metálicas y se sintió inesperadamente tranquila; sus nervios habían desaparecido, aunque era incapaz de discernir si a consecuencia del alcohol del cóctel o alentados por la posibilidad de marcharse de allí sin dar explicaciones y no volver nunca más. Quizá, una mezcla de ambas cosas.

—Ahora te presentaré al dueño, John Morgan. Ya debe de andar por aquí. Se trata de un inglés que lleva años afincado en Madrid. Él nos acompañará por todo el club y te lo explicará todo.

—Tengo curiosidad por conocerle —reconoció Lucía. Aunque realmente su curiosidad abarcaba todo lo que aún permanecía oculto a su vista.

—Te caerá bien. Es un tipo apuesto, elegante y de trato fácil. Siempre viste de etiqueta y sabe cómo llevar un negocio así: procura que trabajadoras y miembros nos sintamos como en casa, fomenta el buen ambiente. Aunque he de decirte que él es un poco reservado de puertas para adentro..., me refiero a las puertas de su despacho, claro.

Lucía, abstraída en su continuo reconocimiento visual, había desconectado de la charla de Sandra hacía unos segundos; lo último que había escuchado había sido «... nos sintamos como en casa...».

—Creo que debe de ser ese... —se aventuró a afirmar señalando con la mirada hacia las escaleras que bajaban a la sala principal.

John apareció en el extremo opuesto del bar. Se trataba de un tipo de unos cuarenta años que vestía elegantemente un traje negro de raya diplomática y camisa blanca. Cuando estuvo a su altura, Lucía pudo observar que era castaño, casi rubio, de ojos azules, apuesto y ligeramente más alto que ella.

—*Good night, darlings* —saludó. Dio dos besos a Sandra y se dirigió a ella—. Si no me equivoco, tú debes ser Lucía; Sandra me ha hablado mucho de ti.

—Te presento a Lucía Vergara —anunció Sandra.

John le dio dos besos y se presentó:

—Soy John Morgan, encantado de conocerte. —Sonrió—. Según tengo entendido, te gustaría formar parte de nuestro club, ¿me equivoco? —dijo con cierto deje británico. Luego la escudriñó detenidamente, como quien contempla la última adquisición de su fabulosa colección—. Por mi parte, no hay inconveniente; todo lo contrario. —Sonrió de nuevo.

—A decir verdad, aún tengo que decidirlo. —Lucía ladeó la cabeza clavando la mirada en su amiga. Bebió el último sorbo de su copa y lo tragó con esfuerzo; los nervios habían regresado.

—Venid conmigo —las invitó John—, vamos a ver las instalaciones. Te explicaré todo para que acabes de convencerte. —El dueño le dirigió una nueva mirada de pies a cabeza—. *Really beautiful* —comentó.

Bajaron los peldaños que las separaban de la sala principal tras los pasos del británico. Esta era mucho más amplia de lo que se vislumbraba a través de la puerta, y los techos eran visiblemente más altos. Repartidas por todo el espacio se encontraban las mismas mesas circulares con sillones alrededor que había visto en el bar; Lucía imaginó a los clientes sentados en ellas viendo bailar a las chicas del escenario.

La iluminación era similar a la del bar, solo que la intensidad de la luz era más baja. La sensación al pisar también era diferente; miró al suelo y se fijó en que había moqueta negra en lugar de baldosas. Al igual que en el bar, el hilo musical se escuchaba con

una acústica perfecta gracias a las paredes también forradas con listones de madera.

John se acercó a un cuadro eléctrico situado junto al escenario, abrió la pequeña puerta que lo cubría y subió uno de los interruptores. Al momento, se encendieron los focos del escenario.

—Sandra, ¿por qué no le enseñas a nuestra futura compañera en qué consiste el trabajo? —dijo mientras volvía al centro de la sala, donde aguardaban las dos.

—Claro. —Sandra esbozó una media sonrisa—. Espero que te guste —dijo mirando a Lucía de reojo.

Sandra dejó en un rincón su ropa: primero los zapatos, después los vaqueros, la camiseta y, finalmente, el sujetador. Se giró entonces hacia ellos y caminó provocativa. Pegada a la barra, la agarró con las dos manos. Estiró los brazos hacia el infinito y comenzó a girar lentamente alrededor de ella al ritmo que le marcaba Angus con la guitarra. Se acercó luego aún más a ella flexionando los brazos hasta notar el frío del acero en el pecho; empezó a contonear la cintura. Lucía se quedó sorprendida de la sensualidad que su amiga era capaz de expresar bailando. Habló a John al oído:

—Lo hace increíblemente bien.

—Es la mejor —respondió el inglés.

—Parece complicado.

—En absoluto, *sweetie*. Solo tienes que sentir la sensualidad del baile y dejarte llevar, no te preocupes por eso. Además, Sandra es una profesora estupenda, ha enseñado a muchas de las chicas nuevas.

Lucía se quedó pensativa unos instantes. Después, los dos devolvieron la vista al escenario.

El frío acero parecía ser el juguete sexual de Sandra, una extensión metálica de su cuerpo. Lo rodeó con las piernas, lo acarició, casi lo deseó como si fuese de carne y hueso. Se giró para mirarlos y, con un movimiento rápido de cabeza, se cubrió los pechos con la larga melena castaña. Entonces comenzó un vaivén vertiginoso al ritmo de la música; Sandra movía las caderas de la forma más

erótica que Lucía había visto nunca. Finalmente, escaló la barra, la rodeó con las piernas para afianzarse a ella y se dejó caer hacia atrás exponiendo su cuerpo al reducido público.

—Gracias, Sandra. Ya puedes vestirte, has estado genial.

Sandra volvió al rincón donde había dejado la ropa y se vistió.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó John dirigiendo la mirada hacia Lucía.

—Bonito, sensual... Difícil. —Lucía no sabía muy bien qué decir.

—Como te he dicho, ella puede enseñarte. Al principio solamente ensayarías antes de abrir y tu trabajo se limitaría a atender a los miembros en las mesas. Cuando te sientas preparada, habrá llegado tu momento. Y estoy seguro de que lo harás genial.

Lucía lanzó una mirada desconfiada a John.

—¿Y en qué más consiste el trabajo? Tengo la sensación de que no todo se resume en bailar y charlar amablemente con clientes.

—Miembros —recalcó John—; quienes frecuentan el Luna Llena no son clientes, sino miembros. Lo único que estará en tu contrato, y en tu retribución, es el espectáculo de barra, el apoyo al bar sirviendo mesas y la atención amable hacia los miembros, nada más. El resto te lo contaré después.

Sandra bajó del escenario, ya vestida, y se acercó a ellos; el brillo en los ojos de Lucía le hizo saber cuánto le había gustado el breve pero intenso espectáculo. Juntos de nuevo los tres, comenzaron a caminar hacia una puerta situada a la derecha del escenario, un rincón discreto, oculto tras una cortina traslúcida que John apartó con la mano para darles paso.

Entraron en una sala circular con una enorme bañera de hidromasaje en el centro. John accionó un interruptor en la pared para ponerla en marcha. Varios focos se encendieron bajo el agua y la superficie se cuajó de burbujas. Lucía miró a los lados y vio que toda la habitación estaba rodeada de plantas exóticas de grandes hojas verdes. Debajo de estas había toallas blancas perfectamente

dobladas y apiladas. No tardó en imaginar el tipo de escenas que con total probabilidad habrían sucedido en aquella bañera.

—Como puedes ver, esta es la zona de relajación. Es un buen lugar para comenzar o terminar la noche, solo o acompañado — dijo John.

—Imagino que la compañía la ofrecen las chicas del club — inquirió Lucía.

—Antes te he comentado los servicios que estarían en tu contrato. —John se dirigió a ella y esta asintió con la cabeza—. Pero fuera de él, si alguno de los miembros te lo ofrece, y siempre de forma personal, puedes llegar a un acuerdo económico para prestarle los servicios que te solicite. Por supuesto, los honorarios que convengas son íntegramente para ti. El club se desentiende de todo tipo de relaciones bilaterales.

—Entiendo... Y creo que eso no es lo mío; me ceñiría a trabajar según el contrato.

—¿Vemos el resto de las salas? —preguntó Sandra.

—Por supuesto, seguidme.

Se dirigieron entonces hacia una puerta contigua. John encendió la luz de la sala. Unos focos situados en el suelo, alineados en las cuatro esquinas, iluminaron las paredes desde los rodapiés hasta el techo: eran completamente lisas, pintadas al estuco en tonos ocres que proporcionaban una cálida luz indirecta. En el centro de la sala había una cama enorme sin almohadas, cubierta tan solo por un edredón fucsia que colgaba por las cuatro esquinas.

—Esta sala está destinada a mantener relaciones sexuales convencionales. Suelen entrar varias personas a la vez o una sola pareja, según los acuerdos a los que las chicas hayan llegado previamente con los miembros.

—¿Relaciones sexuales convencionales? —preguntó Lucía esbozando un gesto a medio camino entre el rubor y la estupefacción.

—Digamos que no todo en el Luna Llena es convencional. Pero no tienes por qué preocuparte; si alguno de los miembros te solicitase algún servicio extraordinario que no desees prestar, como por otro lado ya has manifestado, y este insistiese, comunícaselo al encargado y hablará con él; Chema sabrá solventar la situación —su voz sonó segura y tajante—. Una norma fundamental del club es que no está permitido, bajo ningún concepto, molestar o incomodar a las chicas. Aunque a veces ocurre. —Salió de la sala y continuó con la visita—. Seguidme, por favor.

Cruzaron la sala principal hasta el lado opuesto. Frente a ellos aparecieron otras dos puertas, una junto al escenario y otra unos metros más alejada. En primer lugar, entraron por la situada más cerca del escenario.

Paredes y techos estaban pintados también de negro y en el suelo se sentía al caminar la misma moqueta que en la sala principal. Sujetos a las paredes había multitud de barrotes metálicos que simulaban rejas. Del techo colgaban focos de luz oscura que apenas permitían ver hasta que las pupilas se acostumbraban a la escasa iluminación. El centro de la habitación lo presidía una jaula construida con los mismos barrotes metálicos de las paredes, «el espacio justo para una persona», pensó Lucía. En una de las esquinas de la jaula se apreciaba una puerta con un candado. La sala terminaba en una abertura cubierta por dos grandes cortinas de seda negra recogidas en los laterales por sendos cordones dorados.

—Como te he dicho, no todo en el Luna Llena es convencional —continuó John—. Esta es la sala de sumisión. Se puede esposar a alguien a los barrotes o meterlo dentro de la jaula. Normalmente es a uno de los miembros a quien se apresaa. Como ves, no hay instrumentos que produzcan dolor, están terminantemente prohibidos, pero hay a quienes les gusta salir de la rutina y ser dominados por una noche.

Lucía escuchaba atentamente cuanto John le explicaba. Su cara de estupefacción aumentaba por momentos. «¿Qué demonios es

el Luna Llena?»), se preguntó. Concluyó que se trataba de una especie de club *swinger* reservado a personajes de la alta sociedad y en el que las chicas para compartir no eran sus propias parejas, sino profesionales con derecho a elegir, con derecho a decir no.

—¿Qué hay al otro lado de las cortinas? —preguntó intrigada.

—Es la sala a la que se accede desde la otra puerta que has visto fuera, en la sala principal: están comunicadas. Pasemos a verla.

A través de las cortinas entraron en un espacio amplio, con sofás circulares de cuero negro dispuestos por parejas en torno a discretas mesas de cristal. Al igual que en la sala de sumisión, todo estaba pintado de un negro liso y el suelo enmoquetado. Sobre cada una de las mesas había una esbelta vela encendida que propiciaba un ambiente más íntimo si cabía.

—Parece la sala más normal de todas —pensó Lucía en voz alta.

—Lo es. Esta sala está destinada a charlar, tomar una copa... Habitualmente es aquí donde los miembros y las chicas se sientan a negociar sobre los servicios especiales.

Lucía imaginó a aquellos importantes hombres trajeados y a las empleadas sentados en los sofás saboreando caros cócteles mientras hablaban de servicios sexuales no menos costosos. De pronto, algo dentro de ella se removió bruscamente. Su conciencia se vio agitada por una sacudida eléctrica al pensar que chicas como ella se movían en aquel entorno de vicio al mismo nivel, si no en uno superior, con quienes en otras circunstancias las mirarían por encima del hombro.

—Ya has visto todas las instalaciones comunes del club —anunció John echando una mirada a su reloj—. Si te parece, Sandra te enseñará en otro momento las instalaciones privadas de los empleados. Regresemos al bar y comentemos ahora el contrato.

Lucía se sintió violentada; tenía la impresión de que John hablaba desde la convicción de que aceptaría el trabajo. Pero accedió a revisar el contrato sin poner objeciones, siempre con la mente

puesta en que podría no regresar allí jamás una vez que cruzase la puerta de salida.

Tomaron asiento en los lujosos sofás de cuero del bar. El camarero, atento a los gestos del jefe, se acercó a ellos. John le pidió amablemente que les sirviera unas botellas de agua y que trajera su portafolios. El camarero regresó al instante cargado con todo.

—Gracias, Martín. —John abrió la lujosa cartera de piel, sacó el contrato modelo y se lo mostró a Lucía—. Como podrás ver, las condiciones de trabajo son las que te he explicado durante la visita; llévatelo a casa para que puedas estudiarlo con detenimiento. Y dicho esto, solo queda comentar un par de apartados más —añadió—. En primer lugar, los honorarios y el horario. El sueldo es de ciento ochenta euros por noche, impuestos aparte: todos los paga el club. En cuanto al horario, el club abre todos los días de la semana, desde las 23:30 hasta las 6:00. Las chicas llegan a partir de las 21:00. Dispondrás de tres días libres a la semana que puedes escoger cuando mejor te convenga, siempre y cuando no coincidan todos en fin de semana y previo acuerdo con las demás empleadas; no quisiera verme solo con Martín. —Sonrió.

—Me parece bien, ¿cuál es el otro apartado?

—En segundo lugar, están las cláusulas de confidencialidad. Están todas en el contrato modelo. En resumen, vienen a decir que te comprometes a ser total y absolutamente discreta con respecto a los miembros del club. No puedes hablar con nadie sobre quiénes son, a qué se dedican ni las actividades que realizan aquí. Por lo general, son ejecutivos, empresarios, banqueros y políticos. Es posible que incluso conozcas a algunos de ellos, son caras populares de la sociedad.

—De acuerdo, revisaré el contrato y en unos días te daré una respuesta. —Lucía dobló el documento y lo metió en su bolso.

—Bien. Si te parece, podemos volver a vernos el jueves.

—De acuerdo —aceptó.

Los tres se levantaron de la mesa. John se despidió de Lucía, y Sandra la acompañó a la salida.

—Piénsalo esta noche y mañana hablamos. Te llamo para desayunar. —Sandra le dio un beso en la mejilla y cerró la puerta del club.

Lucía caminó por la acera recordando todo lo que había visto, todo lo que habían hablado. Bajó las escaleras del aparcamiento y se dirigió a su coche completamente abstraída. Al sacar la llave del bolso, el raspón con restos de pintura gris que cubría todo el lateral la sacó del ensimismamiento. Semanas atrás se había dejado medio *Ibiza* en uno de los pilares del aparcamiento del centro comercial; la abolladura medía más de dos palmos de altura e iba de rueda a rueda a lo largo del vehículo. «También debería cambiar de coche». Puso el bolso en el asiento de al lado y arrancó el motor.

Antes de salir observó el contrato; una de las esquinas asomaba por la cremallera del bolso recordándole que allí estaba, a la espera. Estiró el brazo, lo acarició con la yema de los dedos. Metió la primera marcha y aceleró rumbo a casa.

Se tumbó en la cama desnuda, aplastada por el sofocante calor y abrumada por la cascada de sensaciones que traía consigo. A su lado, sobre la almohada, el contrato parecía mirarla de reojo.

Aquel papel fotocopiado era al mismo tiempo pasaporte para otra vida, licencia para obtener la libertad, y tique de entrada a un laberinto cuya salida intuía que sería difícil de encontrar, pues por mucho que se repitiese a sí misma que podría abandonar en cualquier momento, algo le decía que no sería tan fácil; que el dinero fácil, fácil es, y difícil es dejar de ganarlo. Además, ese papel no era un simple contrato, un acuerdo firmado por dos partes en el que cada cual asume sus obligaciones y adquiere sus derechos. Tras esa fotocopia se escondía la transacción de sus más íntimos secretos, esa propiedad intransferible que es el cuerpo y que el dinero tiene la magia de transmutar de privada a pública con tan solo dar con la cantidad adecuada. Y eso la asustaba. En el fondo, Lucía tenía miedo de meterse en un callejón oscuro en el que alguien pudiese llegar a robarle la dignidad, y una vez desnuda de ella, quizá ya nunca poder encontrar la salida.

Pero, por otro lado, ¿existía alguna otra salida? Tan cierto como lo anterior era que no deseaba volver a dejar su destino en manos ajenas, en manos codiciosas a quienes poco importaba su opinión, sus problemas.

Con la fotocopia como compañera de cama, finalmente se quedó dormida en medio de la madrugada después de haber tomado la decisión que habría de cambiarle la vida para siempre, aunque de un modo que jamás hubiera imaginado.

Pasadas las diez de la mañana, despertó enredada en las sábanas. El móvil, abandonado en algún lugar de su casa, sonaba y vibraba amenazando con no callar. Se levantó de un salto y cruzó el apartamento hasta el salón. Ni siquiera miró en la pantalla de quién se trataba cuando lo sacó del bolso; descolgó y contestó.

—¿Hola? —dijo con la voz aún tomada por el sueño.

—Buenos días, bella durmiente, ¿te he despertado?

—Sí. Buenos días —contestó enfurruñada.

—¿Te apetece ese café?, ¡ya es de día! —se mofó Sandra al otro lado.

—Sí, sí, claro. Dame media hora. Nos vemos donde siempre.

Sumergida en sus pensamientos, llegó al bar por inercia. Sandra ya la esperaba sentada en una mesa de la terraza.

—Buenos días, otra vez... —se mofó de nuevo.

—Buenos días. —Lucía se sentó frente a ella sin quitarse las gafas de sol.

—Ya he pedido los desayunos.

—Gracias, estoy muerta de hambre. Anoche me olvidé incluso de cenar.

—Y bueno, ¿qué?, ¿has tomado una decisión?

Nada más terminar de hacer la pregunta apareció una camarera con los cafés y las tostadas.

—Sí, voy a aceptar. He llegado a la conclusión de que trabajar en el Luna Llena quizá sea el cambio que necesito. Pero no estoy

del todo segura de que sea lugar para mí. De momento, pasaré el verano allí, trataré de conseguir algunos ahorros y después decidiré si continuar o no.

Desayunaron comentando algunos flecos, dudas e intrigas que a Lucía le habían quedado por despejar. Después se despidieron delante de la boca de metro. Lucía continuó por la acera, camino de casa, con paso firme y el manojo de nervios que mantenía su alma en vilo a raya en un rincón de su mente.

La ciudad estaba en plena marcha a esas horas; las calles hervían de gente que iba y venía, que entraba y salía de los comercios. Detenida en un semáforo, reparó en la peluquería que había en la esquina de su calle. Se fijó en la foto de una modelo colgada en el escaparate: mostraba un corte de pelo enrasado por la parte de la nuca y que caía en diagonal descendente hacia delante dejando al final dos mechones que le abrazaban la barbilla, teñido de morado, atrevido..., distinto. «¿Por qué no?». Cuando el semáforo le dio paso, cruzó la calle y entró con decisión dispuesta a copiar el peinado de aquella muestra: si aceptar el trabajo en el Luna Llena iba a ser el primer paso, el segundo habría de ser un cambio de estilo.

CAPÍTULO 2

Sábado, 3 de agosto.

Un mes después de haber emprendido aquella aventura en el Luna Llena, Lucía se sentía aceptablemente adaptada, inesperadamente bien encajada en un mundo que todavía le resultaba en cierto modo ajeno. De los once años que trabajó en el banco, apenas quedaban ya algunos recuerdos lejanos y una sensación de ahogo que no terminaba de marcharse del todo.

Durante las dos primeras semanas que siguieron a la firma del contrato había estado llegando al club varias horas antes que las demás. Tarde tras tarde, de la mano de Sandra, aprendió a bailar gracias a su tesón y a las grandes dotes de profesora que su amiga atesoraba: comenzó rápidamente a coger soltura en la barra; a familiarizarse con ella, con su tacto, con su firmeza, con su suavidad. Y llegados los últimos días de julio, por fin se vio capaz de realizar el *show* en público. La primera vez, una noche de jueves en la que la sala principal mediaba en aforo, comenzó su espectáculo titubeante, nerviosa, casi asustada. Pero el ritmo de la música y el truco de Sandra de mirar al infinito en lugar de a los congregados consiguieron que terminase sintiéndose cómoda ante aquella menegada marabunta de ojos que la observaban. Experimentó por primera vez la sensación de provocar y seducir con su cuerpo a quienes no tenían posibilidad de aspirar a ella, pues ella decidía.

Habitualmente acudían al club hombres maduros, elegantemente vestidos y bien peinados: tipos de clase alta, de insatisfechas vidas perfectas y lujosos coches que los porteros del local se encargaban de aparcar, en busca de un espacio íntimo y secreto donde dar rienda suelta al ser humano ávido de vicio que llevaban dentro, oculto bajo el disfraz del triunfo. Lucía los observaba, noche tras noche, a medio camino entre el desprecio y la lástima mientras se sentía la fruta prohibida que todos deseaban morder para escapar por un momento de las jaulas de oro en que estaban encerrados.

En el poco tiempo que llevaba trabajando allí, se había convertido en la chica más popular de todas, y esa sensación de ser el centro de atención comenzaba a engancharla, comenzaba a serle adictiva.

Aquella noche de sábado trabajaba. Pero primero debía visitar a sus padres, que habían insistido en invitarla a comer, en que se dejara a caer por allí después de varias semanas sin saber de ella. Lucía había aceptado no muy convencida, resignada a soportar las inquisitoriales preguntas acerca de su futuro, de su búsqueda de empleo, de su porvenir, con que a buen seguro la acribillarían.

Al llegar a la calle O'Donnell pudo aparcar sin problemas; la vía aparecía desierta aquel fin de semana de agosto en el que casi todo el mundo había abandonado la ruidosa ciudad rumbo a cualquier parte, cuanto más lejos mejor. Salió del coche y apretó el botón del mando a distancia para cerrar, pero no hubo respuesta. «Estupendo —masculló—, en cuanto ahorre algo de dinero lo mando al desguace». Introdujo la llave y bloqueó las puertas girando la cerradura.

Caminó por la acera con paso vacilante hacia el portal del viejo apartamento familiar, el que había sido su hogar hasta hacía doce años, y pulsó el botón del 2.º B del portero automático. La voz de su madre no tardó en escucharse a través del altavoz.

—¿Sí?

—Hola, mamá, soy yo.

—¡Hola, qué pronto llegas! Sube —contestó. Acto seguido se oyó el zumbido de apertura.

Al entrar en el portal echó un vistazo a su alrededor. Durante sus semanas de ausencia habían hecho obras de mejora: habían sustituido las viejas baldosas de terrazo tricolor por otras de piedra amarillenta y construido una rampa en un lateral de las escaleras para mejorar la accesibilidad. Lucía comenzó a subir los peldaños recordando tiempos pasados, pero no mejores; le vino a la cabeza el año que vivió con Xavi, su primer novio y excusa formal para abandonar el hogar. Conservaba un grato recuerdo de aquella

aventura, a pesar de que la juventud y la rutina diaria terminaron creando el caldo de cultivo perfecto para una convivencia superficial que finalmente no resistió; después, con el tiempo, llegaron otros que del mismo modo se fueron.

Llamó al timbre y a los pocos segundos abrió Antonio.

—¡Hola, mi niña!

—Hola, papá —contestó Lucía con la boca pequeña.

—¿Qué tal estás? Hace tanto que no nos vemos...

—No seas exagerado.

—Anda, pasa, que tu madre está deseando verte.

La casa estaba como siempre, limpia y ordenada, todo en su sitio colocado meticulosamente, lo mismo que el escaparate de una tienda. El apartamento era antiguo, de los años sesenta, pero parecía nuevo; lo habían reformado meses atrás con el dinero que les había dejado el traspaso del negocio de alimentación que regentaron los últimos veinte años. Y ahora estaban los dos jubilados, viviendo sin deudas ni preocupaciones, acomodados.

Atravesaron el pasillo, ella delante de él, y llegaron al salón. La mesa ya estaba puesta. Cecilia salía de la cocina con una olla en las manos para servir la comida cuando se dio cuenta de que Lucía estaba allí.

—¡Hola, cariño, qué alegría verte! ¡Y qué guapa estás! Espero que ahora tengas más tiempo de venir a vernos, que apenas sabemos nada de ti. —Su madre dejó la olla sobre la mesa y la abrazó. Lucía la correspondió con un desganado beso en la mejilla.

—Lo sé, mamá. Últimamente mi vida está un poco revuelta.

—No te preocupes, hija, que todo termina siempre por solucionarse. ¿Has empezado ya a buscar trabajo?

—Aún no. Hoy en día no es nada fácil, y no sé por dónde empezar.

—Venga esa comida, estoy muerto de hambre —protestó su padre.

Se sentaron a la mesa y Cecilia sirvió el primer plato, gazpacho. Era una excelente cocinera y Lucía siempre había pensado que podría, al menos, haber sido la mitad de buena como madre.

—Tu hermana estuvo aquí el miércoles con los niños —comentó Cecilia.

Lucía se encogió de hombros indiferente:

—La última vez que hablé con ella fue la semana pasada.

—¿Te ha contado que Manu también se ha quedado en el paro? —comentó su padre, cariacontecido.

—No. No sabía nada. Supongo que en ese momento todo estaba bien.

—Me tienen preocupado. —Antonio frunció el ceño—. Esta maldita crisis va a durar algunos años todavía.

—Bueno, papá, no seas tan pesimista...

—¿Cómo puedes decir eso? Tú también estás sin empleo —el tono de Antonio se volvió más severo.

—No es el fin del mundo. Trabajar de sol a sol por un salario miserable no debería ser nuestro objetivo en la vida. Al menos ya no es el mío.

—Y, según tú, ¿cuál debería ser el objetivo? —replicó Antonio.

—No lo sé, papá —refunfuñó—. Pero estoy segura de que no he venido a este mundo para pasar la mitad de mi existencia medida dentro de una oficina.

Lucía se levantó torciendo el gesto, retiró los cubiertos del primer plato y los llevó a la cocina. Aún estaban a mitad de la comida y ya deseaba terminar para largarse de allí: había quedado con Sandra después para tomar café en El Despacho.

Cecilia comenzó a servir el pescado al horno que había preparado.

—Entonces, ¿cómo se supone que vas a sobrevivir sin un trabajo? —continuó Antonio.

—De momento estoy descansando un poco, papá —refunfuñó de nuevo—. Necesito desconectar del mundo laboral durante una temporada. Luego ya veré.

Antonio bajó un peldaño en la escalera de su autoridad.

—Imagino que te sientes decepcionada, hastiada. Pero tal y como están las cosas no deberías demorarte mucho en ponerte en marcha.

—He pensado empezar después del verano; de momento solo tengo ganas de reflexionar. Llevo un tercio de mi vida trabajando para el banco y ahora necesito tiempo para mí. —Lucía agachó la cabeza sobre el plato y dio por zanjado el tema antes de que los condujera a una discusión sin fin.

Cuando terminaron de comer, Antonio se acomodó en el sofá de mala gana y encendió la televisión como si nada más existiese a su alrededor. Lucía agarró su bolso y fue a la cocina en busca de su madre.

—Me voy, mamá, he quedado en media hora.

—Vale, hija, cuídate.

Se abrazaron. Lucía la besó de nuevo en la mejilla.

—Lo haré, no te preocupes. Voy a despedirme de papá.

Lucía abandonó la casa de sus padres con sensaciones contradictorias, sin saber muy bien si la visita había sido un paso adelante, atrás, o estaban en el mismo punto. Bajó por las escaleras hasta el portal, salió a la acera y caminó unos metros hasta el coche. Al sacar la llave del bolso y apretar el botón del mando a distancia recordó que no le funcionaba el sistema de cierre remoto. Metió la llave en la cerradura y la hizo girar para abrir.

El coche era un horno. El sol de agosto incidía directamente sobre él y la temperatura en el interior era insoportable. Arrancó el motor y conectó el aire acondicionado. La primera bocanada que salió por las toberas fue fuego disfrazado de aire; tendría que esperar unos minutos hasta que el sistema comenzase a enfriar. Accionó el botón de la ventanilla para ventilar el habitáculo, pero esta no respondió. «Otra avería —protestó dando un golpe al volante—; una más». Aceleró a fondo y condujo medio asfixiada por

las vacías calles de Madrid. «Así debería verse siempre la ciudad», pensó.

El semáforo en el que estaba parada, el último, cambió a verde. Metió primera y recorrió los pocos metros que le restaban para llegar a su aparcamiento. Al bajar del coche introdujo la llave en la cerradura, pero esta ya ni siquiera giró. «Estupendo, ya se ha jodido del todo», maldijo entre dientes: ahora tendría que dejarlo abierto. Se consoló pensando que el único valor de aquel maltrecho vehículo era el de llevarla a todas partes.

Llegó a El Despacho y ojeó la terraza, pero ni rastro de Sandra. Miró entonces el reloj del móvil: 15:20. Se acercó a una de las mesas vacías que aún quedaban en la sombra y se sentó a esperar.

Sandra apareció al momento.

—¿Cómo ha ido la comida familiar? —preguntó a sabiendas de la exigua relación entre Lucía y sus padres.

—Regular. Al final se ha torcido un poco la conversación. Me he largado zumbando.

—¿Cómo están? Hace más de un año que no los veo.

—De lujo —respondió sarcástica—. Y para mayor satisfacción mi cuñado también se ha quedado en el paro.

—¿Qué vais a tomar, chicas? —preguntó una camarera con el pelo recogido en una coleta, libreta y bolígrafo en mano.

—Yo un café con mucho hielo, gracias —dijo Lucía.

—Para mí un té helado.

La camarera lo apuntó en la libreta y se metió dentro del bar.

—Bueno —continuó Sandra—, ¿cómo te sientes después de un mes en el club? —Esbozó un mohín de complicidad.

—Si te soy sincera, creo que me había olvidado de mí misma como mujer; ahora me doy cuenta. Trabajar allí me ha hecho desempolvar el lado femenino que los fracasos amorosos se habían ocupado de esconder.

—Imaginaba que sería así, que encontrarías tu sitio. Lo que no me imaginaba es que fueras a convertirte en la atracción número uno en tan poco tiempo: tienes embobados a todos los miembros.

—Encajo bien, eso es verdad.

Se hizo un corto silencio entre ambas. Los labios de Lucía perfilaron una leve sonrisa de satisfacción. Sandra la miró por encima de las gafas de sol.

—Sabía que tenías ese punto... especial. Y no me equivoqué. Siempre he pensado que no eres la clase de mujer que pasaría toda su vida encerrada en un despacho.

—¡Uf! Ahora, mirándolo desde esta nueva perspectiva, empiezo a pensar que no quiero volver a trabajar en un sitio así. Creo que me resultaría muy difícil regresar.

—Cierto. Dar un cambio tan radical a tu vida no es fácil, pero cuando consigues hacerlo ya no hay marcha atrás, lo digo por propia experiencia. Si yo tuviese que volver al bufete...

Aprovechando que la camarera pasaba por su mesa, Sandra pidió la cuenta.

—Deja que pague yo, te invito —dijo Lucía—. ¿Tienes planes para esta tarde?

—Antes de ir al club voy a hacer una parada en casa de mi ex, aún me quedan algunas cajas que recoger; las ha bajado al trastero harto de verlas en un rincón. —Sandra se había separado de su marido dos años atrás y firmado el divorcio cuatro meses después—. ¿Tú qué vas a hacer?

—Había pensado que fuéramos de compras. Iré yo de todos modos, estoy renovando mi vestuario poco a poco.

—Te veo entonces esta noche. Diviértete malgastando, seguro que lo pasarás mejor que yo recogiendo cajas.

Había pasado una hora desde que llegaron a El Despacho. Lucía caminaba ahora sola por la acera, calle arriba, hacia Callao; las miserias de su coche le habían hecho optar por el transporte público.

Al bajar a la estación una ráfaga de aire caliente le golpeó en la cara. Conocía ese hedor a aire viciado desde niña, y lo odiaba, pero hacía tanto tiempo que no viajaba en metro que casi lo había

olvidado. En la máquina expendedora seleccionó Nuevos Ministerios como final de trayecto e introdujo el importe que indicaba la pantalla: 1,50 €. Agarró el billete escupido por la ranura correspondiente y se adentró en el laberinto de túneles, escaleras e indicaciones que le conduciría hasta el andén.

En su deambular curioso, casi turístico, se topó con un grupo de personas arremolinadas alrededor de un músico callejero que se había fabricado una batería con sartenes, cazos, botes de pintura vacíos y algunos platos de metal. Se detuvo a escucharle preguntándose por qué habría gente con ese talento pidiendo limosna para comer y tanto mediocre triunfando en la vida. Al término del espectáculo le echó unas monedas. Luego repasó los carteles, continuó su marcha siguiendo las indicaciones y bajó por unas escaleras mecánicas que terminaban en un pasillo estrecho.

En el andén permaneció de pie, a la espera. Sobre ella pendía un panel informativo luminoso que anunciaba la llegada del siguiente tren en un minuto. Sacó del bolso el móvil y los auriculares. Al conectarlos al teléfono, la música se inició automáticamente en el punto donde la había detenido la última vez: *Agila*, de Extremoduro. Cuando empezaron a reproducirse los acordes de guitarra de *So Payaso*, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Las luces del tren se intuyeron en la lejanía del túnel.

Navegaba mecida por las olas de la música cuando el tren se detuvo en Nuevos Ministerios. La estación estaba atestada de gente; probablemente, pensó, trabajadores de las zonas de oficinas cercanas que aún no disfrutaban de vacaciones, o que ya lo habían hecho y que regresaban a casa después de la jornada laboral. «El BKS no queda lejos de aquí», recordó entonces; la sensación de ahogo se incrementó, le hizo estremecer.

Fuera, en la calle, el calor intentaba derretir el asfalto; arrancaba vapores de la superficie y lo hacía parecer viscoso, movedizo. Lucía se puso las gafas de sol y caminó presurosa hacia la entrada

del centro comercial. En cada paso que daba, notaba cómo el sol le quemaba la piel al descubierto.

Las puertas automáticas del suntuoso edificio se abrieron al detectar su presencia. Una bocanada de aire frío, salvadora, le agitó la ropa y el pelo procedente del aire acondicionado del interior. Cruzó la entrada recreándose en el frescor y subió a la primera planta.

Todo estaba colocado y ordenado perfectamente. Perchas y estanterías aparecieron ante ella repletas de prendas en multitud de tonos y colores. Empezó a recorrer la zona tocando y mirando tejidos, tallas y formas. Al fondo, en medio del pasillo, vio un maniquí con un vestido violeta ajustado, escotado, de delgados tirantes y falda tan corta como atrevida. Miró alrededor. Justo detrás del maniquí había una barra metálica de la que colgaban suspendidos en perchas varios vestidos como el de la muestra. Se acercó y acarició la tela, suave y fina. Luego buscó su talla, pero no la encontró.

La voz de la dependienta le habló desde detrás:

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Umm... Sí. Quería probarme este vestido, pero no encuentro mi talla.

—Si quiere puedo mirar en el almacén —la dependienta arrastró las palabras con desgana.

—Se lo agradecería. Una 38, por favor.

—Enseguida vuelvo, creo que sí queda alguna. —La muchacha dio media vuelta y desapareció por una puerta disimulada en la pared, junto a los probadores. Al momento salió con la prenda—. Aquí tiene, es el último que nos queda.

—Gracias.

—Si necesita cualquier cosa, estaré en el mostrador que hay al final del pasillo.

A juzgar por su amabilidad, la dependienta de la sección de moda joven no parecía tener muchas ganas de trabajar aquel sábado de agosto, pero a Lucía no le importó; estaría más a gusto

sola, sin nadie que le acribillara a preguntas desde el otro lado de la cortina.

Colgó el bolso en uno de los percheros del probador, el vestido en otro. Cerró la cortina y se dio la vuelta para ponerse de cara al espejo. Observó ensimismada su reflejo, como si tratase de apreciar en su físico los cambios producidos en su interior a lo largo de las últimas semanas. Pero al cabo de unos segundos, una conversación cercana la sacó de su abstracción: una pareja madura, a juzgar por sus voces, hablaba a través de la cortina del probador contiguo al suyo. La señora parecía estar dentro y, el que dedujo que sería su marido, debía estar esperando fuera, seguramente cargado de bultos como un porteador. Sin prestarles mayor atención, Lucía continuó a lo suyo.

Se desnudó sin apartar la mirada del espejo, continuando el análisis interrumpido por la cercana conversación; tan solo dejó sobre su piel la ropa interior. El cuerpo era el mismo de siempre, el mismo que a diario había ido al banco a trabajar, pero la mentalidad que lo gobernaba era muy distinta. Se preguntó entonces qué le estaba ocurriendo en realidad, el porqué de aquel cambio súbito en su manera de pensar, de sentir y de vivir. Llegó a la conclusión de que se había visto rodeada durante demasiado tiempo de hombres importantes que la miraban desde la superioridad; quizá, dedujo, había decidido cambiar las tornas alentada por una pulsión incontrolada fraguada en la sombra durante años.

Perdida en sus pensamientos, miró de soslayo a un lado del espejo. Este le devolvió el reflejo de una cortina mal echada tras cuya rendija se encontraba, observándola con disimulo, el hombre que acompañaba a la señora del probador contiguo. Lucía devolvió la mirada a su propio cuerpo sin saber muy bien cómo reaccionar. Finalmente, optó por fingir no haberlo visto.

Pero de pronto se sintió excitada por aquella invasión descarada de su intimidad, por aquellos ojos que la observaban ahora sí, ahora no, sin permiso. Decidió entonces provocar a su observador, excitarle tanto como lo estaba ella. Con toda la naturalidad del

mundo, desabrochó el sujetador, lo colgó del perchero y miró de nuevo con disimulo hacia la esquina del espejo: allí seguía él, contemplándola de arriba abajo sin subir un milímetro más allá de su barbilla. Lucía descolgó entonces el vestido para probárselo, para comprobar cómo la prenda encajaba en su silueta..., y por alguna razón quería que aquel hombre lo viera. La tela, liviana, se ajustó a cada curva con la ayuda de sus manos, desde el pecho hasta los muslos: horma y zapato encajados sin espacio intermedio; piel sobre piel. Se observó de frente, de perfil y de medio lado: «perfecto».

La última mirada, descarada ya, la dirigió Lucía al borde del espejo, a aquellos ojos curiosos que no habían perdido detalle de sus actos; y él se quedó petrificado, entre entusiasmado y avergonzado. Fue la voz de su mujer, olvidada tras la cortina, lo que le hizo reaccionar:

—Cariño, ya estoy lista. Creo que compraré estos pantalones y las dos camisas.

El tipo retrocedió, chocó contra la pared que tenía detrás. Las bolsas se le cayeron al suelo.

—Lo que tú digas, cielo —titubeó. Recogió las bolsas y escapó de la zona de probadores siguiendo los pasos de su señora sin atreverse a volver la cara.

Lucía esperó unos minutos antes de salir, los suficientes como para apaciguar el calor de aquel inesperado encuentro. Un montón de preguntas le asaltaron la mente durante esos instantes, pero no quiso detenerse a intentar responderlas. Agarró el vestido y sus cosas y salió al pasillo.

La dependienta andaba haciendo algo en el ordenador de caja, sentada de medio lado, de mala gana, sobre la banqueta. Lucía se acercó a ella.

—Me lo llevo.

—¿Pagará en efectivo o con tarjeta? —dijo la muchacha con la misma amabilidad anterior.

—En efectivo.

—Son 84,99 €, por favor.

—Aquí tiene.

Lucía dejó dos billetes de cincuenta sobre el mostrador con la misma indiferencia que ella despedía. La dependienta los recogió, tecleó el importe en la caja y, tras unos segundos de espera, comenzó a golpear el cajón de cobro con toques sutiles, disimulados. Mientras esta se batía con la caja, Lucía vio acercarse por el pasillo de su izquierda a la señora del probador; su marido la seguía un metro más atrás con cara de resignación. Cuando la mujer llegó a su altura, pasó de largo sin reparar en ella. Lucía cruzó entonces la mirada con su desconocido admirador.

—Me ha gustado tanto como a ti —le susurró al pasar.

Al tipo se le cayeron de nuevo las bolsas al suelo. Se recompuso titubeante, recogió con torpeza la carga perdida y continuó con paso trémulo. Lucía disimuló una risa espontánea.

—Aquí tiene su cambio, señora. Disculpe la demora, a veces se atasca el cajón. —Por fin la muchacha se había entendido con la máquina, y por fin mostraba algo de amabilidad.

—No importa —Lucía guardó el cambio, agarró el vestido y se marchó sin despedirse.

Lucía llegó al club pasadas las nueve y media vestida con la adquisición de esa tarde, a juego con su color de pelo. Martín había encendido todas las luces del bar al máximo para ponerlo a punto; más tarde, minutos antes de la hora de apertura, bajaría la intensidad para conseguir el ambiente habitual.

—Buenas noches —le saludó.

—Hola, Lucía, buenas noches. —Martín se levantaba y agachaba detrás de la barra para rellenar las cámaras.

—¿Mucho trabajo?

—Nada, ya estoy terminando, ¿Quieres tomar algo?

—Solo un poco de agua.

El camarero puso una botella sobre la barra y se sirvió una cerveza. Acercó una banqueta y se sentó a tomársela frente a Lucía.

—Esta noche va a ser movida, va a venir mucha gente —dijo dando un sorbo.

—¿Tú crees?

—El mes de julio es más tranquilo, pero en agosto todo el mundo se desmadra, ya me entiendes.

—¿A qué te refieres?

—Muchos de los miembros ya habrán mandado a sus familias de vacaciones. Son los días perfectos para llegar tarde a casa sin que nadie les pregunte de dónde vienen.

—Entiendo. No había caído en ello. —Lucía bebió un poco de agua. Martín asintió.

—Y probablemente alguno que otro se pondrá más insolente de lo habitual.

—Bueno, Chema los pondrá en su sitio. —Lucía le dedicó una sonrisa y cogió la botella—. Gracias por el agua.

La sala principal estaba muy iluminada también, con las mesas y sillones perfectamente colocados. En el escenario, Chema toqueaba el cuadro de luces de la pista comprobando el funcionamiento de los focos.

—Hola —le saludó.

—Buenas noches —Chema contestó apartando la vista del cuadro.

—¿Todo en orden? —Lucía se acercó a curiosear.

—Creo que sí. Esta mañana han venido los electricistas a cambiar algunos focos. También han instalado la bola de reflejos que ves en el techo. —Chema señaló un punto sobre su cabeza, luego miró a Lucía de arriba abajo—. Vas muy guapa, ¿vestido nuevo?

—Gracias. Sí, he ido de compras esta tarde. —Lucía echó un vistazo en derredor—. ¿Aún no ha venido nadie?

—De momento estamos Martín y yo solos, tú eres la primera en llegar. Además, me acaba de llamar John: probablemente se marchará mañana por la mañana a Londres por negocios. Pasará un momento por aquí y se irá pronto a descansar.

Lucía se extrañó. Por lo que sabía, el único negocio que John tenía, y del cual vivía, era el Luna Llena.

—Hola, chicos. —Sandra se detuvo a su lado—. Qué tal, Chema, ¿todo en orden?

—Sí, todo en orden. ¿Por qué os traéis ese cachondeo entre las dos sobre si todo está en orden? Solo hago mi trabajo —dijo enfurruñado.

A Sandra se le escapó una carcajada.

—Acabo de oír que el jefe te va a dejar solo unos días, y eso suele ponerte tenso —dijo sarcástica.

Detrás del gesto arrugado del encargado se escondía un hombre respetuoso y amable con sus empleadas. Era un tipo meticuloso que ponía todo su empeño en que el club estuviese siempre a punto, sobre todo cuando su socio estaba de viaje.

—Pues si no queréis que me ponga aún más tenso, ya podéis ir organizándoos; nos espera una noche larga, y ya son casi las diez.

—Venga, vámonos, que el jefe se cabrea si las cosas no salen como él quiere. —Sandra rio de nuevo y se fue hacia los camerinos.

Lucía la siguió observándola caminar con aquel desparpajo seductor que solo mostraba en el club. Se puso a su altura y le preguntó intrigada por el viaje de negocios de John. Sandra no supo decirle mucho, tan solo que lo hacía de vez en cuando.

Entraron en los camerinos. Sandra ocupó el suyo y Lucía se quedó detrás de ella para continuar la conversación.

—¿Qué tal tu tarde de compras?

—He encontrado este vestido. —Lucía recorrió su figura con las manos, desde el pecho hasta las caderas, para mostrarle cómo se le ajustaba la prenda al cuerpo—. Y tú, ¿recogiste por fin todas las cosas de casa de tu ex?

—Sí. Espero que no haya quedado nada perdido en algún rincón; cada vez que vuelvo allí se me remueven recuerdos que prefiero olvidar. Además, me da la sensación de que aún no ha superado el divorcio.

—¿Ha insistido en que vuelvas con él?

—Hace tiempo que no lo hace, pero lo noto en su actitud, y no me gusta nada.

—Entiendo cómo te sientes. Acuérdate de lo que me pasó con Mario hace cuatro años; menos mal que no llegamos a casarnos.

Sandra miró a Lucía a través del espejo. Arrugó la frente.

—Todavía no entiendo por qué le aguantaste tanto. Parece que tengas un imán para los tíos raros.

—No sé. Supongo que tardé en darme cuenta. A veces las cosas se ven más claras desde fuera. —Lucía se encogió de hombros—. Pero no me arrepiento, todas las experiencias son buenas: de todo se aprende.

—Eso es cierto. —Sandra se levantó, se quitó los zapatos y se desnudó—. Voy a darme una ducha, casi me derribo de calor conduciendo toda la tarde por Madrid.

Lucía fue a su camerino, contiguo al de Sandra, y también se desnudó para arreglarse. Enchufó la plancha y comenzó a reto-carse el alisado del pelo.

El resto de las chicas estaban ya arreglándose delante de sus espejos cuando Sandra salió de la ducha envuelta en una toalla. Lucía se quedó mirándola mientras se acercaba al camerino. Una extraña sensación le recorrió el cuerpo.

—¿Qué hora es? —preguntó Sandra.

—Las diez y cuarto. —Lucía terminó de alisarse el pelo y dejó la plancha sobre la repisa.

—¡Qué tarde se me ha hecho! Voy a vestirme volando. ¿Qué vas a ponerte hoy?

—Creo que luciré mi vestido nuevo.

—Pues yo no sé qué ponerme. —Sandra abrió su armario y ojeó su vestuario.

Lucía terminó de vestirse observándose en el espejo. Se llevó las manos a la espalda y comenzó a subir la cremallera del vestido. A mitad de camino, esta se detuvo en seco, atascada. Hizo el intento

de bajarla de nuevo, pero no pudo. Desistió y bordeó el biombo que le separaba del camerino de Sandra.

—¿Me echas una mano? Creo que se ha enganchado en la tela del borde.

—Dame un segundo.

Lucía se quedó embobada mirando cómo Sandra se cepillaba el pelo vestida tan solo con una braguita negra. En ese momento, una voz femenina le habló desde detrás:

—Lucía, ¿me prestas tu plancha del pelo? No encuentro la mía.

—Era Natalia, una de las chicas que había llegado más tarde. Andaba con prisa porque era la primera en bailar esa noche.

—Claro.

Natalia llevaba puesta la bata oficial del club: fina seda negra con el logotipo en la parte izquierda del pecho, el atuendo habitual que vestían todas antes de realizar su número.

Lucía bordeó el biombo y regresó con la plancha.

—Toda tuya, yo ya he terminado con ella.

Natalia desapareció apresurada.

—Ya estoy lista, ¿qué tal lo ves? —Sandra había conseguido dar un volumen espectacular a su pelo.

—Preciosa, como siempre. —Lucía esbozó una sonrisa, amagó con morderse el labio—. Vamos con la cremallera.

Sandra se colocó detrás de ella. Mientras maniobraba, Lucía podía sentir el roce casual de sus pechos piel con piel en la espalda. Cuando por fin consiguió liberar el atasco, la subió hasta el final sin mayores percances.

—Listo. ¿Te aprieta demasiado?

—Lo necesario para que cada cosa ocupe su lugar. —De nuevo, una sonrisa se dibujó en la cara de Lucía.

Sandra la miró a través del espejo. Los tirantes caían gráciles desde los hombros y daban paso a un escote que se abría insinuante, aunque había quedado un poco descentrado.

—Levanta los brazos para que termine de colocártelo. —Lucía aprovechó el movimiento para atusarse el pelo—. El vestido te queda perfecto, pero creo que con tu busto resaltaría mejor así...

Sandra puso las manos bajo sus pechos, alrededor de ellos; los acercó sutilmente y centró el vestido para mantenerlos más próximos. Lucía percibió el movimiento a través de la tela como una caricia. Un escalofrío la inundó desde los pies hasta la nuca.

—¿Qué tal ahora? —dijo Sandra señalando al espejo con la mirada.

—Mucho mejor, gracias.

Lucía le retiró las manos ruborizada.

—Hola, chicas. —Natalia irrumpió sin previo aviso—. Nos pide Chema que salgamos ya, hay muchas cosas que preparar.

—Dile que estamos listas en un minuto —contestaron a la vez.

La sala principal apareció tras la puerta de los camerinos iluminada por una luz tenue. En el ambiente ya flotaban los potentes compases de AC/DC, el pequeño capricho que Chema permitía a Martín minutos antes de la apertura. En el centro de la sala giraba parsimoniosa la esfera nueva con sus cientos de vidrios reflejando la luz ambiental.

Algunas chicas ya habían empezado a preparar las mesas colocando velas encendidas en el centro de cada una. En el bar, otras repartían recipientes de aperitivos. Martín tenía todo organizado y se relajaba con una cerveza al otro lado de la barra. Chema, que observaba la iluminación de la pista de baile desde el centro de la sala, hizo un gesto a Sandra y a Lucía para que se acercaran.

—Necesito que vayáis a colocar toallas limpias y zapatillas desechables a la sala de hidromasaje, por favor.

Las dos cruzaron la sala y el bar, hasta el guardarropa. Entre perchas y taquillas estaba Nuria, la chica daría la bienvenida esa noche a los miembros y custodiaría las pertenencias que allí quisieran dejar. Sobre el mostrador estaban preparadas dos pilas de

toallas con las bolsitas de zapatillas desechables sobre ellas. Agarraron una torre cada una, volvieron sobre sus pasos y entraron en la zona de baño.

La bañera funcionaba a pleno rendimiento; los focos del fondo iluminaban la superficie revuelta por las burbujas. Recorrieron el borde repartiendo las toallas y rellenaron de zapatillas las estanterías.

—Listo. Regresemos al bar, esto no tardará en animarse —dijo Sandra.

Los primeros miembros aparecieron en ese momento por las escaleras de la sala principal. Chema se unió a ellos, los saludó uno a uno y formaron un corrillo en el que charlar distendidamente. A unos pocos metros, sentado en una de las mesas, un tipo vestido con americana negra, vaqueros y camisa clara llamó la atención de Lucía. Tomaba una copa, solo. Llevaba el pelo corto, algo revuelto y su gesto era desenfadado, indiferente. Desde la distancia pudo apreciar una barba descuidada de dos o tres días que le hacía aparentar la cuarentena.

Al pasar a su lado, Lucía creyó reconocerle. Apartó la vista rápidamente. «No creo que sea él». Sin poder evitarlo, le miró de nuevo, furtiva, y continuó hacia el bar.

—No vas a creer a quién acabo de ver —le dijo a Sandra una vez coronaron las escaleras.

—¿A quién?

—A Víctor Samboal. —Lo señaló discretamente.

Sandra echó un vistazo.

—Me suena haberle visto alguna vez por aquí, pero no tengo ni idea de quién es.

—Víctor Samboal es el consejero delegado del BKS.

—¿Le conoces?

—Personalmente no, claro. Pero es una cara reconocible para cualquier empleado.

Sandra miró de nuevo a través de la puerta que daba acceso a la sala; escudriñó a aquel tipo de porte varonil y espalda ancha

cuya presencia tanto había sorprendido a Lucía. Estaba mirando hacia la vacía pista de baile, relajado sobre el respaldo del sillón, con la copa en la mano y las piernas cruzadas como si esperase a alguien.

—Pues parece joven para ser alguien tan importante.

—Dicen que es un hacha en los negocios: inteligente, listo, astuto... un tipo duro de pelar. Tiene algo más de cuarenta, según el organigrama del banco; divorciado sin hijos, según los cotilleos.

Sandra la miró expectante ante aquella cascada de información.

—¿Qué más sabes de él?

—Nada, solo lo que acabo de ver: es más atractivo al natural que en la foto del organigrama. —Lucía ahogó una carcajada. Jamás se hubiera imaginado a sí misma hablando de Víctor Samboal en semejantes términos y circunstancias.

Mientras Lucía y Sandra cotilleaban, el club terminó de llenarse hasta completar el aforo. La música disco ahogaba las conversaciones, las convertía en un murmullo más palpable que audible, y el trasiego constante de cuerpos en movimiento quedaba diluido, semioculto, en la intimidad de la iluminación. En la pista de baile, Natalia comenzó su *show* ante decenas de espectadores que, sentados en torno a mesas plagadas de copas, fijaban la atención en ella como si nada más existiera.

Chema abandonó el grupo en el que había estado conversando parte de la noche y se acercó a Lucía. La habló al oído:

—Me preguntan estos amigos si podrías hacer tu número. — Los señaló con la mirada.

—¿Ahora?

—Ya sé que hoy no tenías pensado bailar, pero les han hablado de ti y quieren verte. ¿Te importaría?

—No, claro —accedió Lucía—. Voy a cambiarme.

Lucía bajó los escalones hasta la sala principal. Allí continuaba sentado, solo, Víctor Samboal sin prestar más atención al escenario que a su copa. Lucía pasó a su lado para fijarse bien. «No hay

duda, es él». Volvió la vista al frente y continuó su camino; se escabulló discreta tras el escenario, entró en los camerinos y comenzó a prepararse.

Pasados unos minutos salió al escenario tranquila, con la mirada puesta en el infinito. En su tránsito hacia la barra metálica dejó caer la bata al suelo; se cruzó con Natalia, que regresaba exhausta al camerino. Enseguida notó el calor de los focos deslumbrantes que la iluminaban.

Observó al público desde el escenario: apenas los veía en la oscuridad de la sala. Al fondo, junto a las escaleras del bar, intuyó que el grupo de hombres con los que Chema había estado hablando permanecía unido, a la espera, expectante. A su derecha localizó a Víctor sentado en el mismo lugar de antes, con la copa sobre la mesa y la mirada, ahora, puesta en el escenario, puesta en ella.

Sin más dilación, comenzó a moverse al ritmo de la música.

Ser el centro de atención de todos la hacía vibrar. Sin embargo, esa noche era distinto: Víctor Samboal estaba allí, ignorando que quien iba a bailar para sus ojos había trabajado bajo su despacho tan solo unas semanas atrás. Pero ella sí sabía quién era él, un pez gordo del banco que jamás se habría fijado en ella en otras circunstancias, en una empleada más del montón, en un número más en su larga lista de nóminas alojado tras una mesa en una planta cualquiera de su enorme edificio. La sensación le resultó embriagadora.

Agarró la barra y se acercó lentamente girando alrededor de ella. Elevó después las manos para quedar suspendida en el aire. Abrazó el frío metal con las piernas; lo notó helado en la piel y a través de la braguita. Se deslizó luego hacia abajo, hasta que sus pies tocaron el suelo; el acero resbaló entre sus muslos sudorosos, entre sus pechos humedecidos al calor de los focos, y los pezones se le erizaron. Realizó un giro rápido en torno a ella y buscó a Víctor entre el público. Sus miradas se cruzaron durante un se-

gundo, un breve instante en el que Lucía percibió deseo en su manera de mirar. Rodeó entonces con las manos sus pechos, atrapó la barra entre ellos, sacudió el pelo sensualmente y volvió a buscarlo entre el público. Esta vez, sin dejar de observarle, hizo un movimiento vertical con todo el cuerpo, primero hacia abajo y luego en sentido inverso. Víctor agarró la copa de la mesa y tomó un trago sin apartar la vista.

Minutos después de haber comenzado el número, Lucía tenía la piel tan húmeda que brillaba bajo los focos tanto como la nueva bola de cristales del techo. Se sentía exhausta. Puso las manos en la parte inferior de su juguete de acero, junto al suelo, y se colgó boca abajo exponiéndose, ofreciéndose en una última pose. En ese momento, otra de las chicas apareció por la puerta de los camerinos para relevarla. Lucía salió de escena dándole la espalda al público, dándole la espalda a Víctor. Aquel juego, quizá demasiado osado, había terminado.

Llevar la bata del club era casi como ir desnuda. La seda negra resbalaba, suave como una caricia, sobre el cuerpo recién duchado de Lucía mientras caminaba de regreso al bar. Cruzó la sala acechada por multitud de ojos; miradas indiscretas que no necesitaban disimular el deseo escondido tras ellas. Pero no vio la de Víctor. Y en cierto modo, respiró aliviada.

Se sentó en una esquina de la barra e hizo un gesto a Martín para que le pusiera algo de beber.

—¿Agua?

—Sí, por favor.

Martín abrió una de las cámaras y sacó una botella.

—Gracias, estoy deshidratada.

—De nada. —El camarero le guiñó un ojo y continuó con su trabajo.

Lucía abrió la botella. Dio un sorbo y volvió a colocar el tapón. Entonces, como un susurro camuflado en el incesante murmullo, escuchó una voz que le habló desde atrás y que no supo reconocer:

—Me ha encantado tu número, ¿puedo invitarte a una copa?

Lucía se giró. Cuando vio a Víctor sonriente no supo cómo reaccionar. Ya no estaba en el escenario, no era la protagonista, no estaba protegida por la magia del espectáculo. Frente a frente, sintió desvanecerse todo su poderío en un suspiro.

—Muchas gracias, ya tengo agua. —Su voz salió tan seca de su garganta como si no hubiese bebido. Le devolvió una sonrisa forzada, nerviosa.

—Supongo que es lo más apropiado después de hacer ejercicio.

—Así es. De todos modos no acostumbro a beber alcohol.

Víctor dejó su copa sobre la barra.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? No te había visto antes.

—Un mes. Más o menos.

—Será por eso entonces. —Víctor sonrió de nuevo, y Lucía se sintió obligada a seguir la conversación.

—¿No suele venir mucho? —se atrevió a preguntar.

—La verdad es que no. Solo de vez en cuando, para tomar una copa y cambiar de aires. —Miró a Martín y le hizo una señal levantando el brazo. El camarero se acercó al instante.

—¿Lo mismo de siempre?

—Sí, por favor.

—Ahora mismo. —Martín agarró un vaso de cristal tallado, le puso hielo hasta rebosar y lo llenó por la mitad de whisky. Luego desapareció.

—Me llamo Víctor Samboal.

—Lucía Vergara —contestó ella, más nerviosa cada vez.

Él se acercó y le dio dos besos.

—Encantado de conocerte, Lucía.

—Igualmente, señor Samboal.

Un silencio incómodo se interpuso entre ambos; un instante en el que Víctor pareció meditar cómo continuar con la conversación.

—¿Sabes? Nunca había visto una chica como tú en el club.

Lucía entrecerró los ojos.

—¿Como yo? No sé a qué se refiere.

—Digamos que es la primera vez que encuentro a alguien interesante por aquí.

—¿Y cómo puede saber si lo soy? Es la primera vez que hablamos, señor Samboal.

—Una mirada como la tuya dice mucho de quien está detrás; puede ser más elocuente que una conversación. Y, por favor, tútéame.

—Bueno... gracias, Víctor —titubeó Lucía. Luego balbució lo primero que se le pasó por la cabeza—: ¿Y qué te ha traído hoy por el club?

—Nada en especial. Me gusta tomar una copa a solas de vez en cuando para desconectar del trabajo.

—¿No viene a hacer negocios? Tengo entendido que aquí suelen entablarse todo tipo de relaciones, no solo..., ya me entiende.

Víctor negó con un gesto sutil.

—Prefiero evitar esas cosas. —Bajó la voz y le habló al oído—: Ya tengo demasiados pelotas a mi alrededor a lo largo del día, trabajo en un banco.

—Lo sé. Es el consejero delegado del BKS BANK. —Las palabras salieron de la boca de Lucía sin su permiso.

—Pensaba que nos acabábamos de conocer —inquirió Víctor arqueando las cejas—. Y preferiría que me tutearas, en serio, es muy cargante que te hablen con tanta educación en todas partes, a todas horas.

—Perdona.

—No tiene importancia. —Víctor sonrió de nuevo, y en su sonrisa, Lucía percibió una curiosidad creciente—. Dime, ¿cómo sabes dónde trabajo?

De pronto, Lucía tuvo la sensación de que estaba hablando de más, de que quizá no debería continuar con aquella conversación que empezaba a discurrir por una senda de horizonte lejano demasiado cercana al terreno personal. Entonces pensó en el *show*

que había protagonizado minutos antes, en su nueva vida, y le quitó importancia a quién fuera él.

—He formado parte del BKS durante once años.

—¿Has trabajado en el banco? —Víctor abrió los ojos como un ave nocturna.

—Sí. Administrativa en las oficinas centrales de la Castellana.

—¡Qué coincidencia!, mi despacho está allí.

—¿Sorprendido?

—Mucho. Jamás hubiese imaginado encontrar aquí a una empleada del banco.

—Exempleada —aclaró—. Empecé a trabajar en el club cuando me echast... echaron.

—¿Te han despedido?

—A finales de junio, por motivos objetivos. Creo que es la excusa de moda para reducir plantilla.

—Lo es —reconoció Víctor—. En cualquier caso, me alegro. —Amagó una risa—. Es broma. Siento que hayas perdido tu trabajo. Si lo necesitas, puedo hacer que te readmitan.

—Agradezco tu gesto, eres muy amable. Pero creo que ya no me interesa.

Víctor se llevó la copa a los labios y la terminó de un trago.

—Supongo que este otro trabajo debe de ser menos agobiante —dijo. Y al oírlo, Lucía se sintió en cierto modo comprendida.

—Así es. El Luna Llena me hace sentir especial.

—Lo eres. Realmente lo eres —afirmó Víctor. Y al escucharlo, Lucía se sintió abrazada por su mirada. Luego él echó un vistazo rápido a la pantalla de su móvil—. Ahora tengo que irme, pero me gustaría volver a verte por aquí. —Sacó una tarjeta de visita del bolsillo de su chaqueta—. Si algún día necesitas recuperar tu antiguo trabajo solo tienes que llamarme, ¿de acuerdo? —Le abrió la mano y encerró la tarjeta en ella—. Si necesitas el trabajo, o... cualquier otra cosa, no dudes en marcar mi número —insistió.

Víctor la besó en la mejilla con atrevimiento pero sin descaro, y se marchó sin más, tal y como había llegado. Ella le observó desconcertada desaparecer entre el gentío, con la tarjeta entre los dedos y la humedad del beso palpitándole en la piel.

Faltaba media hora para que despuntase el nuevo día cuando Lucía salió del club. Nada más entrar en el coche notó el frescor que la corta noche había dejado en él. Arrancó el motor y abandonó el aparcamiento. Por el camino no dejó de pensar en la conversación que había mantenido con Víctor Samboal horas antes.

En casa, por fin, se quitó los zapatos, se desnudó. Bajó la persiana del dormitorio para impedir que las luces del amanecer se colaran en él y se metió en la cama.

Durante largo rato siguió dándole vueltas al mismo asunto; a Víctor; a aquella conversación improvisada en la barra del Luna Llena; a la tarjeta; al beso en la mejilla.

Finalmente, el sueño expulsó todo aquello de sus pensamientos y acabó vencíendola.

CAPÍTULO 3

Domingo, 4 de agosto.

Lucía caminó somnolienta y descalza hasta la cocina disfrutando del frescor de las baldosas bajo los pies. Abrió la nevera; sacó una botella de zumo de naranja; bebió un trago; empezó a recuperar la consciencia tras un lento despertar. Pequeños fragmentos inconexos de la conversación con Víctor en la barra del Luna Llena, sus gestos, su mirada, el beso en la mejilla, el tacto de la tarjeta de visita entre sus dedos...; todo se aglutinó en su imaginario formando una amalgama de sensaciones demasiado densa, demasiado confusa, como para digerirla de una sola vez. Respiró hondo y miró el reloj colgado de la pared: las agujas marcaban más de las dos. Guardó el zumo, entró en el baño y abrió el grifo del agua fría. El primer contacto hizo que se le contrajesen los músculos. Después, el sudor de la noche se fue por el desagüe llevándose consigo la impronta que Víctor había dejado en ella horas atrás.

Salió de casa apresurada: antes de abandonar el club, Sandra había insistido en que se vieran para comer. Al doblar la última esquina la localizó en una de las mesas de la terraza de El Despacho, bajo la sombra de un toldo, toqueteando el móvil para matar el tiempo mientras esperaba. Lucía se sentó frente a ella en silencio.

—Buenos días, bella durmiente —saludó Sandra, risueña, tras los cristales de sus gafas de sol.

—Buenos días —respondió circunspecta.

—Menuda cara traes esta mañana. —Sandra la miró de medio lado—. ¿Qué tal anoche con el señor Samboal? Te vi hablando con él después de tu número.

—Bien, parece un tipo simpático.

—Ya. Simpático. —Sandra se quitó las gafas de sol; levantó las cejas evidenciando la insatisfacción de su curiosidad. Lucía se atusó el pelo con aire distraído.

—Me quiso invitar a una copa, pero la rechacé.

—¿La rechazaste? —Sandra arrugó aún más la frente.

—Sí. Le dije que no bebo alcohol. Charlamos unos minutos y luego se fue.

—Pues a mí me dio la sensación de que estaba muy interesado en ti.

—No lo creo. —Lucía hizo un ademán con las manos quitándole importancia—. Dijo que le parecía alguien especial, pero eso se lo dirá a todas las chicas que llaman su atención.

—¿Le contaste que has trabajado en el BKS?

—Sí.

—¿Y cómo reaccionó?

—Supongo que como era de esperar en esas circunstancias: me dio una tarjeta con su número y me dijo que le llamase si quería recuperar mi puesto.

—¿Y qué vas a hacer?

—Nada. No quiero volver a la oficina. De todos modos, no se lo pediría: no quiero estar en deuda con nadie.

—Mejor así. —Sandra se acercó a ella y bajó la voz—: Si quieres un consejo, no estreches relaciones con ningún miembro fuera del club. Conozco algunos casos y, créeme, no funcionaría.

—Estás yendo demasiado lejos, ¿no crees? Solo ha sido una conversación de barra más.

El camarero se acercó a su mesa para tomarles nota. Apuntó la comanda en la libreta, entró en el bar y acto seguido salió con el agua, los cubiertos y dos cuencos de ensalada sobre una bandeja. Las dos permanecieron calladas mientras les servía la comida. Cuando el camarero se hubo marchado, Lucía cambió de tema:

—¿Y tú qué? Con el club tan abarrotado apenas te vi en toda la noche.

—Bien. Salí al escenario varias veces. Después estuve con un par de tipos bastante pesados que me invitaron a una copa e insistieron en que nos la tomáramos en el agua, pero nada más. —A Sandra se le escapó una sonrisa maliciosa.

—¿Nada más? —inquirió Lucía entrecerrando los ojos.

—Bueno, ya me conoces; quizá los provoqué un poco; quizá los dejé con las ganas.

Las dos se echaron a reír, pues el desparpajo y la desenvoltura de Sandra provocaba no pocas equivocaciones en las noches del Luna Llena.

El resto de la comida lo pasaron contando anécdotas, riendo más y más, y Lucía terminó de aparcar la extraña sensación que Víctor había dejado en ella.

En el subterráneo del Luna Llena quedaban bastantes plazas libres cuando Lucía llegó con su coche destartalado. Al no tener que hacer maniobras, ni poder cerrarlo con llave, tuvo la sensación de haberlo dejado tirado más que de aparcarlo.

Entrar en el club fue como regresar al pasado, a un instante concreto de la noche anterior; y al pasar junto a la barra no pudo más que posar la mirada en el rincón en el que Víctor la había abordado con aquel aparente interés, con intenciones que desconocía. Sacudió la cabeza y continuó hacia los camerinos tratando de pensar en otra cosa.

La mayoría de sus compañeras habían llegado antes que ella. Algunas se maquillaban ya frente a sus espejos, otras arrojaban murmullos y risotadas desde las duchas. Lucía ocupó pensativa su lugar, comenzó a retocarse el pelo. Minutos después, transcurridos mil pensamientos en torno a la misma idea, vio a las primeras chicas desfilas hacia la sala principal, listas para la próxima apertura. Terminó de arreglarse apresuradamente y siguió sus pasos.

En medio de la madrugada y con el club abarrotado, Lucía se preguntó si él habría venido esa noche; eran más de las dos y no le había visto por ninguna parte. Empujada por la curiosidad, emprendió una vuelta de reconocimiento por todo el local. Pero ni rastro de él. «Creo que no debería darle mayor importancia; tema zanjado. Quizá no vuelva a verle por aquí; quizá no quiera verse

mezclado con una ex empleada que podría manchar su reputación», se dijo. Pero sus pensamientos regresaron rápidamente a la realidad: «¿Qué le importa a un tipo como Víctor Samboal una chica como yo? Además, está el contrato de confidencialidad de por medio. Y dijo que solo venía de vez en cuando, para desconectar». De pronto, Lucía tomó conciencia del espacio que él había ocupado en su cabeza a lo largo de la noche: sentimientos contradictorios que pululaban difusos por su mente, aferrados a no sabía qué. Su ausencia le quitaba un peso de encima, pero al mismo tiempo un pequeño regusto de decepción se paseaba pastoso por su boca.

Bajó las escaleras del bar y miró a su izquierda para terminar de cerciorarse. A través de la puerta de la sala de copas vio a Sandra agachada sobre una de las mesas, sentada en compañía de un hombre de mediana edad. Avanzó unos pasos hacia ellos con curiosidad. De cerca pudo ver unas finas líneas de polvo blanco sobre un espejo de mano que tenían delante, una de las cuales desaparecía en ese momento en el interior de una fosa nasal de su amiga. Junto al espejito había varias botellas de agua. Sandra levantó la cabeza y miró a Lucía frotándose la nariz.

—¿Te apetece volar un poco? —Sandra le indicó que se acercara con un gesto.

—Ven, siéntate con nosotros. Si te apetece puedes tomar una —dijo el tipo.

Lucía dudó unos instantes. Finalmente aceptó para no ser descortés. Sandra se levantó.

—Te presento a un buen amigo —balbució—. Es un poco bab... —Rio en su oído—. Tú ya me entiendes. Pero tranquila, está pasando un mal momento personal y solo quiere un poco de compañía.

Lucía los observó sin saber muy bien qué pensar de aquella escena. El estado en el que parecía encontrarse Sandra le hizo imaginar un desenlace incierto.

Él se levantó también y le dio dos besos.

—Adelardo. Encantado de conocerte.

—Un placer, Adelardo. Yo soy Lucía —se presentó.

—El placer es mío. ¿Te animas a acompañarnos?

—Gracias, pero solo tomaré un poco de agua. —Lucía se sentó con cara de circunstancias y agarró una botella.

—Es una coca de primera. —Sandra agachó la cabeza y terminó la raya que había dejado a medias.

—Un obsequio de alguien que me debía un favor; unos gramitos de calidad para un momento de debilidad —dijo Adelardo. Bajó la cabeza y esnifó una del tirón.

—Anda, prueba. Aunque solo sea para comprobar qué se siente —insistió Sandra.

—Creo que no. No sé. La verdad es que ni siquiera sabría cómo hacerlo —Lucía trató de evadirse sin dejar de ser cortés.

—Es muy fácil. Te pones este tubito en la nariz, tapas el otro orificio y aspiras profundamente para que el polvo entre en tus pulmones y haga su magia.

Lucía se sintió tentada, y comenzó a dudar: «quizá no esté tan mal; quizá no sea tan malo; quizá... incluso esté bien. Y si solo lo pruebo por esta vez...». Algo indecisa, finalmente accedió. Agarró el tubito metálico que la mano de Adelardo le ofrecía, se lo puso en la nariz. Agachó la cabeza sobre el espejo e inhaló el principio de una raya. Se detuvo. No sentía nada. Aspiró de nuevo y llegó hasta la mitad. Cuando levantó la cabeza, el subidón, como una inyección de adrenalina, le hizo sentir bien, fantásticamente bien. Abrió la botella de agua, bebió, y tras hacerlo sintió que quería más. Se agachó de nuevo y esnifó el resto.

—¡Guau!

Lucía perdió la mirada en el infinito. Un mundo de sensaciones nuevas se abrió paso ante ella. La música sonaba de fondo, como siempre, pero ella la percibía de un modo muy distinto, como si pudiese acariciar con las manos las notas que flotaban en el ambiente.

—¿Qué tal? —Sandra la miraba expectante.

—¡Guau! —repitió como si su vocabulario hubiese quedado reducido a la mínima expresión.

—Espera un poco a que termine de subir, aún no ha llegado lo mejor —dijo Adelardo.

Y así fue. Segundos después de la última inhalación, el entorno del club le pareció ajeno y familiar al mismo tiempo, como si todo estuviese cambiado y a la vez siguiera igual. El murmullo de las conversaciones entraba difuso por sus oídos y se deshilachaba en su cerebro, como si pudiese desenmarañar aquel guirigay en el que todos hablaban a un tiempo y distinguir cada voz por separado. Entonces se fijó en la gente que tenía alrededor: los rostros que reconocía se transformaron, al momento, en personas que no le sonaban de nada, y personas que creía no conocer, al instante se transmutaban en caras familiares.

—Me siento rara.

—¿Quieres más? —Adelardo le ofreció de nuevo el tubo plateado.

Lucía negó con la cabeza

—Creo que he tenido suficiente.

—Relájate; te sentará bien —Sandra habló desde el otro lado de la mesa, apenas a unos centímetros de distancia que para Lucía fueron metros.

—Ahora mismo no puedo pensar con claridad —balbució aturrida—. Voy a mojarme la cara.

Lucía se levantó titubeante y abandonó la sala.

Durante unos minutos vagó por el club desorientada, alucinando con los cinco sentidos a un tiempo, entremezclados. Su corazón latía desbocado. Localizó por fin el escenario y subió. Estaba vacío: a esas horas las chicas ya no bailaban y los focos alumbraban a medio gas. Empujó la puerta del camerino y entró.

Fue directa al lavabo. Abrió el grifo de agua fría y se llenó las manos. Sin pensarlo dos veces, se las estampó en la cara. Luego observó su reflejo en el espejo: tenía el vestido empapado desde la cintura hasta los tirantes; se le pegaba a la piel como un guante de

látex. Tras varios intentos fallidos, consiguió cerrar el grifo y se restregó una toalla.

Al salir del baño se encontró con Sandra, que llevaba una bolsita mal disimulada en un puño mal cerrado. Esta la agarró por la cintura y Lucía se apoyó en ella.

—¿Estás bien? —preguntó guiándola hacia su camerino—. Verte marchar así me ha dejado preocupada. Anda, siéntate.

—No sé qué me ha pasado. De repente, necesitaba salir de allí.

—Creo que te ha subido demasiado deprisa.

—Ya me encuentro mejor. —Lucía hizo un silencio. Sentía el zumbido de mil avispas dentro de la cabeza—. No, no me encuentro mejor —rectificó.

Sandra la miró de arriba abajo.

—Tu vestido está hecho un desastre.

—No coordino bien. Mis manos... El agua... ¿Qué llevas en esa bolsa?

—Adelardo me ha regalado medio gramo. —Sandra abrió la mano y se lo enseñó—. ¿Quieres que te lleve a casa?

—Sí, por favor.

—Vale. Voy a hablar con Chema, dame un minuto.

Sandra desapareció al instante.

En la soledad del camerino, el corazón de Lucía comenzó a latir al ritmo que marcaban los graves del hilo musical. Incluso llegó a pensar que el sonido salía del interior de su pecho, como si tuviera uno de los altavoces dentro de sí. «¡Guau!», murmuró: de nuevo aquella nube de sensaciones.

—Vámonos. —Sandra apareció tan vaporosa como se había marchado.

—¿Qué ha dicho Chema?

—Que tengas más cuidado con lo que tomas. Pero no está enfadado.

—Vale, larguémonos.

Sandra atravesó la madrugada conduciendo despacio, cautelosa, el Ibiza amarillo hasta el edificio donde vivía Lucía. Agarradas por la cintura, subieron en ascensor, recorrieron el pasillo que las separaba del apartamento. Sandra abrió la puerta tras varios intentos y entraron torpemente.

Aunque en la calle refrescaba, dentro la temperatura era sofocante. Sandra sentó a Lucía en el salón, se quitó los zapatos y le ayudó a quitarse los suyos. Cuando tiró de ella para levantarla, Lucía se tambaleó como un títere descontrolado.

—Vamos al dormitorio, necesitas meterte en la cama.

—Aún estoy flipando. ¿Durará mucho el efecto?

—Unas horas. Pero tranquila, no has tomado mucho; solo es la falta de costumbre.

Atravesaron el apartamento agarradas de nuevo por la cintura y entraron en la habitación.

Lucía consiguió avanzar a trompicones los últimos metros que le separaban de los pies de la cama. El mundo no dejaba de girar a su alrededor. Intentó librarse de los tirantes del vestido para quitárselo, pero el sencillo movimiento se convirtió en una hazaña imposible: se le escapaban todo el rato.

—Deja que te ayude. —Sandra se situó a su espalda.

—Gracias. No doy pie con bola.

—No pasa nada, estás todavía un poco colocada. Culpa mía.

—¿Un poco? —Lucía esbozó una mueca semejante a una sonrisa—. Pero no es tu culpa, yo quise probar.

Sandra deslizó los tirantes sobre sus hombros, hasta las muñecas.

—Levanta los brazos.

Lucía obedeció de forma mecánica, los puso sobre su cabeza. Sandra le rodeó el pecho con las manos y le bajó el vestido hasta la cintura. Luego le quitó el sostén.

—Ya puedes bajarlos —susurró en su oído.

Sandra arrastró los dedos a lo largo de la espalda de Lucía, la acarició con las yemas. Al llegar a la cintura, el vestido cayó al

suelo, pero los dedos continuaron paseándose por el cuerpo. Lucía podía sentir el aliento de Sandra en la nuca, su respiración acelerada. «¿Por qué me acaricia así?». Se estremeció. «¿Por qué me hace sentir así?». Todo su ser palpitaba. «Me gusta..., me gusta cómo me toca: suave, pausada, dulce...». Lucía intentó tragar saliva en un acto reflejo, pero fue como tratar de engullir arena. Cerró entonces los ojos.

—Me encanta que me toques. —Las palabras se le escaparon.

Sandra condujo las manos hasta sus hombros, le dio media vuelta y se miraron fijamente. Rodeadas por una atmósfera de deseo sobrevenido, envueltas en aquel momento de intimidad no planificado, permanecieron unos segundos calladas.

—Me apetece —musitó Lucía.

—¿Qué te apetece?

—Me apeteces tú.

Lucía desnudó a Sandra, lenta, torpe. La abrazó por la cintura, la acercó hacia sí; ansiaba sentir el contacto de su piel. Sus caderas chocaron, los triángulos de sus braguitas se rozaron. Manos acariciaron brazos, contornos redondeados, vientres lisos, melenas revueltas, labios deseosos. Sus pechos se fundieron, se acomodaron como almohadas apiladas entre las que no quedó espacio intermedio, pero sin presión, tan solo un agradable contacto lubricado por el sudor. Embriagada, Lucía besó a Sandra, cauta al principio y desatada después, y la sed de su boca, la sequedad de su garganta, se vieron aplacadas por la humedad del carnoso contacto, tierno, sensual..., correspondido.

Sandra la tumbó sobre la cama. Retiró las dos prendas que restaban, que sobraban, en aquellos cuerpos trémulos y descontrolados; las braguitas cayeron al suelo, olvidadas como plumas perdidas por un ave. Apoyó entonces las rodillas en el colchón, entre sus piernas.

Lucía echó los párpados, se dejó llevar. Inefables sensaciones coparon su alma desprovista de voluntad, desprovista de tabúes, y

solo quedaron pensamientos para Sandra, para lo que quisiese hacer con su cuerpo. Percibió más besos, muchos besos a lo largo de sus gemelos, rodillas, muslos, caderas, vientre... Cuando Sandra hundió el rostro en su sexo, Lucía se abandonó por completo a lo desconocido; sintió por primera vez el placer arrebatado de la carne con forma de mujer.